ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

¡SIEMPRE AMIGO!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. JOSE DE FUENTES

Y

D. AURELIO ALCON

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro Salon Eslava la noche del 8 de Mayo de 1875

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1875



¡SIEMPRE AMIGO!

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

¡SIEMPRE AMIGO!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. JOSE DE FUENTES

Y

D. AURELIO ALCON

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro Salon Eslava la noche del 8 de Mayo de 1875

MADRID
IMPRENTA DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA
Calle de la Flor Alta, 1
1875

AL DISTINGUIDO PRIMER ACTOR

DON RAMON MARISCAL

en testimonio de particular consideracion y aprecio, sus afectísimos,

Los Autores.

PERSONAJES.	ACTORES.
MATILDE...............	Doña Mercedes García.
MÁXIMO.................	Don Ramon Mariscal.
RICARDO..............	Pedro Ruiz de Arana.
UN CRIADO............	Francisco Riaza.

La escena en Madrid.—Época actual.

¡SIEMPRE AMIGO!

ACTO ÚNICO.

Gabinete amueblado con elegancia.—Puerta al foro y laterales.—Primer término, izquierda, velador con libros y recado de escribir: timbre sobre el mismo.—Primer término, derecha, balcon.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO, MATILDE, sentados.

MATILD. ¿Y me querrás?

RIC. Como ahora.

MATILD. ¿Nada más?

RIC. Nada más... ¿Te parece poco?

MATILD. ¡Ya lo creo! Natural es que ahora me quieras mucho; pero más natural me parece que luego me quieras más.

RIC. ¡Más que ahora es imposible!

MATILD. ¿Imposible? ¿Por qué?

RIC. Porque ahora te quiero más que á mi vida.

MATILD. ¡Ricardo!

RIC. Y eso que no te debia querer tanto... Hay en tí un vacío con el que no puedo conformarme.

MATILD. ¿Un vacío?

RIC. ¡Claro! ¿Te parece poca cosa tu estado de viudez?

MATILD. ¡Eres muy galante!

RIC. ¡Quién sabe si cuantas frases de cariño me prodigas, no son más que una segunda edicion—quizás disminuida,—de las que prodigabas á mi antecesor!

MATILD. ¿Sabes, Ricardo, que me parece que estás un poquito imprudente?

RIC. ¡Todo lo contrario! En mi juicio lo que estoy es razonable.

MATILD. ¿Es decir, que dudas de mi cariño?

RIC. ¡Psch! Vaya por las veces que tú has dudado del mio.

MATILD. ¡Es que á mí me sobraba razon para ello!

RIC. Pues lo que es á mí... (Con exaltacion.)

MATILD. ¡Mientes!

RIC. ¡Matilde!

MATILD. ¡Te digo y te repito que mientes!

RIC. ¿Sí? ¡No me lo volverás á repetir! (Levantándose.)

MATILD. ¡Claro! Deseas marcharte...

RIC. Pero Matilde...

MATILD. ¡Déjeme usted!

RIC. ¡Oh! ¡Esto es atroz! ¡Yo no debo sufrir más!

MATILD. ¡Es necesario concluir cuanto ántes!

RIC. ¡Tiene usted razon! Es imposible continuar así.

MATILD. ¡Qué genio tan insufrible?

RIC. ¡Qué carácter tan insoportable!

MATILD. ¿Qué? ¿Qué tiene usted que decir de mi genio?

RIC. ¡Lo que usted del mio! No hago más que imitarla.

MATILD. Despues que si no fuera por mi prudencia...

RIC. ¿Pues no tiene aún el descaro de decir?... ¡Cualquiera que la oyese creeria que soy... un Neron!

MATILD. ¡Poco ménos!

RIC. Cuando á no ser por mi paciencia...

MATILD. ¡Eso es! ¡Una usted la burla al insulto!

RIC. Creo, Matilde, que despues de lo que se ha permitido usted decir, no nos queda más que un medio. Concluyamos cuanto ántes.

MATILD. Tiene usted razon... ¡Concluyamos!

RIC. ¡Adios, y hasta nunca! (Medio mútis.)

MATILD. ¡Hasta nunca! (¡Dios mio! ¡Dios mio!)

RIC. (¿Y me dejará marchar?... ¡Falsa!)

MATILD. (¡Y será capaz de irse!... ¡Pérfido!)

RIC. (¡No! Yo no debo marcharme así... ¡es necesario que conste que no soy yo la causa de esta ruptura!) (Vuelve al proscenio.)

MATILD. (¡Se queda!)

RIC. ¿Matilde?

MATILD. Ricardo...

RIC. Antes de dejarla á usted para no volverla á ver, necesito que convenga conmigo en que sólo usted ha tenido la culpa de cuanto ha pasado.

MATILD. ¿Cómo? ¿Yo?...

RIC. ¡Sí, usted! Y hago esta aclaracion, porque no quiero que nunca pueda decirse que he procedido de ligero.

MATILD. Pero...

RIC. Si mal no recuerdo, usted puso en duda mi cariño.

MATILD. Permítame usted; pero si la memoria no me es infiel, creo que fué usted...

RIC. Podrá ser... no diré que no; pero ya que debo separarme de usted para no volverla á ver, puedo asegurarla que si lo hice así, fué... fué... (Vacilando.)

MATILD. ¿Cómo?

RIC. ¡Impremeditadamente! No lo puedo remediar; pero mi carácter un poquillo fuerte...

MATILD. ¡Ah! ¿Con que conviene usted?...

RIC. ¿Por qué no? No hemos de volvernos á ver... (Intencion.)

MATILD. ¡Es verdad! De ese modo le seré yo tambien franca... Las mismas causas que indujeron á usted á dudar de mi cariño...

RIC. ¿La hicieron á usted dudar del mio?

MATILD. ¡Precisamente!

RIC. ¿Es decir, que me concede usted?...

MATILD. ¿Pór qué no? Desde el momento en que no nos hemos de volver á ver... (Marcando mucho.)

RIC. Pero... supongo que quedaremos amigos... ¿No es así?

MATILD. ¿Por mí?... ¡Como usted quiera!

RIC. ¡Matilde! (Acercándose al lado de Matilde.)

MATILD. ¡Ricardo! (Coquetería.)

RIC. ¿Me perdonas? (Dulzura.)

MATILD. Perdonarte, cuando soy yo la que debo pedirte perdon...

RIC. ¿Olvidemos?

MATILD. ¡Olvidemos! Pero no volverás...

RIC. ¿A dudar de tí? ¡Nunca! (Vuelven á sentarse, y quedan colocados como al principio de la escena.)

MATILD. ¡Allá lo veremos!

RIC. En prueba de ello, te diré que no bien llegue mi tio, á quien espero hoy, pienso abordar la gran cuestion, y, ó muy poco he de poder, ó he de conseguir que me dé su consentimiento.

MATILD. Y entónces...

RIC. ¡Dentro de dos meses seremos marido y mujer!

MATILD. ¡Ricardo mio! (Con amor.)

RIC. La cuestion es que desista de su maldito empeño de casarme, quiera ó nó, con la hija de un amigo suyo, á la que ni conozco ni pienso conocer.

MATILD. ¿Y si no desiste?

RIC. ¡Desistirá!... Emplearé cuantos recursos puedan hacerle efecto, desde la inobediencia hasta el suicidio.

MATILD. ¡Tanto ya!

RIC. Con mi tio es necesario eso y mucho más.

MATILD. ¿Y tú, en cambio, me querrás siempre?

RIC. ¡Con toda mi alma!

MATILD. ¡Con toda tu alma! ¡Zalamero! Sabe Dios á cuántas no habrás dicho lo mismo.

RIC. Mira, no han sido pocas... (Con naturalidad.)

MATILD. Con que es decir... (Enojada.)

RIC. Pero, puedes creerme, ¡á ninguna he querido tanto como á tí!

MATILD. Sí, sabe Dios si ahora mismo, cuando salgas de aquí, no irás á ver...

RIC. ¡A mi tio! Ya te he dicho que llega hoy á las dos.

MATILD. ¡De Aranjuez!

RIC. Precisamente.

MATILD. La disculpa de siempre.

RIC. Cuando te digo...

MATILD. ¡Claro! No sabes qué pretexto buscar para marcharte, y...

RIC. Pero...

MATILD. Y abusas—porque eso ya es abusar,—de ese pobre señor.

RIC. ¡Pero Matilde!... (Exaltándose por grados.)

MATILD. Anteayer: hoy viene mi tio... Hoy: tengo que esperar á mi tio: nunca se va, y ¡vea usted, todos los dias llega!

RIC. ¡Es decir, que no me crees!

MATILD. ¡No!

RIC. ¡O lo que es lo mismo, que miento!

MATILD. ¡Esa, esa es la palabra! (Se levantan.)

RIC. Antes te dije que no me lo volverias á repetir: ¡comprendo, pues, que lo que deseas es romper, y voy á abreviarte el camino!

MATILD. ¡No! ¡quien desea romper, eres tú!

RIC. ¿Yo?

MATILD. ¡Sí, tú!

RIC. ¡Matilde!

MATILD. Nada, vete, vete, ya que así lo deseas... No quiero que digas nunca que te he querido detener.

RIC. ¡Es decir, que me despides! Pues bien, me voy, pero va á ser para no volver más... ¿lo entiendes?

MATILD. ¡Como quieras!

RIC. ¿Como quiera? ¡Entónces, hasta nunca! (Mutis foro.)

MATILD. ¡Hasta nunca!

ESCENA II.

MATILDE, sola.

¡No se irá!... ¡No vuelve!... (Mirando al foro.) ¡Veamos! (Se accerca al balcon.) ¡Se marcha! ¡Ingrato! Ni siquiera una mirada... entra en su casa... ¡Dios mio! Esto es hecho, ¡concluimos para siempre! Y todo por mi causa, por este maldito carácter que nunca conseguiré dominar... ¡Ingrato! Sí, ingrato porque, conociéndome, no debia hacerme caso; y más aún sabiendo—porque de sobra lo sabe,—lo mucho que le quiero... Y no volverá... ¿qué? dejaria de ser aragonés... Y aunque vuelva, yo no debo recibirle... quiero que nunca pueda decirse que he tratado de atraerle. Ademas, mi amor propio, ofendido por su duda, no debe de ningun modo consentir... Estoy decidida: cuando venga... si viene... que vendrá, ¡no le recibo! Daré mis órdenes, y... (Toca un timbre: aparece un criado.) Si viene don Ricardo Aguilar... ya sabes, ese caballero que acaba de salir... le dices que... (Transicion.) que pase inmediatamente. Sí, mejor será: de otro modo, seria capaz de creerme más testaruda que él, y ademas, ántes de concluir radicalmente, necesito que oiga de mí unas cuantas lindezas que han de producirle un efecto... y las oirá, vaya si las oirá... (Muy agitada.) ¿Eh? ¡Nadie! Creí... ¡Jesus! ¡Qué nerviosa estoy! ¡Y vea usted! Si él estuviese aquí, seria muy capaz de creer que era la causa de mi excitacion... ¡Fátuo! Pero, ¿qué digo fátuo? ¡Hombre! Así está ya dicho todo... Decia la directora de mi colegio, que en casos extraordinarios, una lectura piadosa tranquiliza el espíritu... (Se sienta.) ¡Leamos! «*La España Ca-*»*tólica*... Los católicos más fervientes de Cerve-

»ra entraron ayer trabuco en mano...» Siempre lo mismo... ¡Qué pesadez! «*El Imparcial*... La »necesidad de un Gobierno nacional es cada dia »más imperiosa...» ¡Música celestial! «*La Cor-* »*respondencia*... Ha llegado á Madrid, proce- »dente del ejército de la isla de Cuba el bizar- »ro comandante de caballería D. Máximo Pie- »drahita, cuyos estudios sobre aquella campaña »han sido tan universalmente celebrados. *La* »*Ilustracion Española y Americana* se promete »darlos á luz muy en breve, bajo la forma de »episodios novelescos, que no vacilamos en »asegurar que serán del agrado de...» (Al acabar de leer las últimas frases, aparece el criado.)

CRIADO. Don Máximo Piedrahita.

MATILD. (Sorprendida.) ¿Cómo? (¡Es singular!)

CRIADO. Pregunta si está visible la señora. ¿Qué le digo?

MATILD. ¡Que pase! (¡Rara coincidencia!)

ESCENA III.

MATILDE, MÁXIMO.

MAXIMO. Señora...

MATILD. Caballero... (Invitándole á que tome asiento.)

MAXIMO. (Es encantadora... No comprendo cómo Enrique...)

MATILD. (¡Es simpático!)

MAXIMO. ¡Gracias! (¿Cómo empezaré?) (Se sienta.)

MATILD. ¿Puedo saber á qué debo?...

MAXIMO. ¿Lo inesperado de mi visita? Comprendo su curiosidad, y nada más lógico que satisfacerla. Me llamo...

MATILD. Lo sé. De ignorarlo, no le hubiera recibido.

MAXIMO. Gracias, señora... Prosigo: soy...

MATILD. Un bizarro comandante de caballería.

MAXIMO. (¿Eh?) Y vengo...

MATILD. De la isla de Cuba.

MAXIMO. (¡Calle! ¿Cómo puede saber?...)

MATILD. Sé ademas, que sus estudios sobre aquella campaña han sido universalmente celebrados, disponiéndose á darlos á luz muy en breve *La Ilustracion Española y Americana*, bajo la forma de episodios novelescos.

MAXIMO. (Por Dios que no comprendo...) Señora, aunque esto sea hacerla poco favor, me he figurado, al oirla, estar escuchando un suelto de *La Correspondencia*, competentemente autorizado.

MATILD. Nada más cierto... Vea usted... De otro modo, ¿cómo sabría... (Tomando el periódico y presentándoselo.)

MAXIMO. Puedo asegurarla que no he sido yo...

MATILD. ¡Lo creo! Pero ya ve usted que conozco perfectamente sus bellas cualidades.

MAXIMO. (¡Tomemos la revancha!) Mucho me honra ese conocimiento; pero lo raro del caso es que, yo tambien, sin haber tenido el placer de tratarla, conozco las suyas.

MATILD. ¿Las mias?

MAXIMO. Y creo que á fondo.

MATILD. No comprendo...

MAXIMO. Es muy sencillo, sin embargo. Desde mi llegada, en cuantos círculos he tenido la honra de ser admitido, he observado que la parte femenina trataba á usted de una manera poco caritativa.

MATILD. ¿De veras?

MAXIMO. Razon por la cual he deducido que debe usted valer mucho.

MATILD. Por Dios...

MAXIMO. Y esto, que ántes de conocerla no pasaba de ser una suposicion, hoy, que he tenido el placer de verla, la miro convertida en realidad.

MATILD. Gracias.

MAXIMO. La verdad no debe agradecerse nunca. Y una prueba que viene á corroborar la exactitud de mi asercion, es...

MATILD. ¿Cuál?

MAXIMO. Que conozco que la estoy importunando, y que usted me sufre, lo cual me hace presumir en usted una amabilidad á prueba de majaderías.

MATILD. No tanto.

MAXIMO. Entro, pues, en materia, si es que usted me lo permite. (¡Animo!)

MATILD. ¡Veamos!

MAXIMO. ¿Sabe usted lo que es un amigo? Se entiende, un verdadero amigo...

MATILD. ¿Del hombre ó de la mujer?

MAXIMO. Del hombre: de la mujer no es más que un amante que ignora que lo es.

MATILD. ¿Del hombre? Ciertamente que....

MAXIMO. ¿Lo ignora usted? Lo comprendo, y trataré de explicárselo. Un amigo verdadero no es otra cosa que un paraguas...

MATILD. ¿Un paraguas?

MAXIMO. De doce varillas, que son los que más difícilmente se rompen.

MATILD. No comprendo...

MAXIMO. Supóngase usted una situacion de esas difíciles, y en las que con tanta facilidad suele encontrarse el hombre. Un marido... de su mujer, un inglés... de Aragon, una pasion contrariada... (¿me entenderá?)

MATILD. (¿Qué querrá decir?)

MAXIMO. En cualquiera de estos ó parecidos casos, el horizonte de la tranquilidad se cubre de densos nubarrones, que inevitablemente se resuelven en no menos densa lluvia de estocadas, pagarés ó recriminaciones. Entónces, la víctima, esto es, el que debia serlo, llama al que en realidad lo ha de ser, es decir, al amigo, y éste, con una resignacion verdaderamente estóica, sufre impertérrito el consabido chaparron.

MATILD. Bien; pero...

MAXIMO. Voy á concluir. Cesa la tormenta, se despeja el horizonte, y ciérrase el paraguas, dejándole abandonado en cualquier rincon sin cuidarse

de él, en tanto que no amenaza otro nublado.

MATILD. Todo está muy bien; mas...

MAXIMO. Ahí tiene usted, señora, lo que significa un amigo verdadero.

MATILD. Pero usted...

MAXIMO. Yo lo soy de todos mis amigos. Desde pequeño, nada me causaba tanta satisfaccion como el hacer un favor á cualquiera, y ese feo vicio, porque realmente esta predisposicion es un feo vicio, ha llegado á tomar en mí tal incremento, que he dejado de ser hombre para convertirme en amigo. Y si viera usted qué difíciles y áun arriesgados son algunos chaparrones... Los de ruptura especialmente... (Acentuando la frase.)

MATILD. (Ahora comprendo.) ¡Basta, caballero! (Se levanta.)

MAXIMO. (¡Gracias á Dios!) (Idem.)

MATILD. Es inútil que prosiga usted abusando de su imaginacion, y crea que siento en el alma no haberle comprendido ántes.

MAXIMO. Señora...

MATILD. ¿Es él, Ricardo, quien le envia á usted?...

MAXIMO. (¿Ricardo? ¡Será su segundo nombre!) Precisamente.

MATILD. La escena de esta mañana no podia tener otra solucion.

MAXIMO. ¿La escena de esta mañana? (Con naturalidad.) Pues no me han dicho...

MATILD. Lástima fuera que tambien...

MAXIMO. ¿Y por qué habia de ser lástima? Me parece que mi carácter de amigo me autoriza á saber...

MATILD. Confiar nuestras cuestiones á un desconocido...

MAXIMO. Permítame usted, señora; pero sus primeras frases me demostraron que me conocia usted. por lo ménos tanto como *La Correspondencia*, Ademas, si alguien ha procedido mal en esta cuestion, no he sido yo, sino su familia.

MATILD. ¿Su familia?... Es decir, su tio.

MAXIMO. ¿Su tio? (¡Vamos, el tio será el jefe!)

MATILD. Pero, cómo...

MAXIMO. Incidentalmente llegué á su casa: estaban en consejo de familia, y segun pude comprender, algo preocupados ante la dificultad de.... de una solucion pronta y terminante. Al verme, cambian de aspecto todas las fisonomías... «¡Máximo!»—exclamaron á un tiempo,—«él nos puede salvar.» En un dos por tres me enteran de lo que sucedia, y fiel á mi eterno papel de amigo, acepté una comision que como usted comprenderá, nada tenia de agradable. En su consecuencia, me dieron...

MATILD. ¿Mis cartas?

MAXIMO. Lo supongo. (Adelantándose para entregarlas.)

MATILD. ¿Y querrá sin duda que le devuelva las suyas?

MAXIMO. Tal creo.

MATILD. ¡Ingrato! ¿Qué causa puede obligarle á conducirse así conmigo, sino es mi mucho cariño?

MAXIMO. ¡Ah señora! Cuánta razon tenia yo al suponer lo enojoso de mi comision! Y el caso es que, cuanto más la miro, ménos comprendo...

MATILD. ¿Qué?

MAXIMO. Que no haya sabido resistir á los deseos de su familia...

MATILD. Es decir, que se trata...

MAXIMO. De un casamiento.

MATILD. ¡Casarse con otra! ¡A pesar de sus promesas! ¡A pesar de sus juramentos!

MAXIMO. ¿Pero cómo? El la prometió...

MATILD. ¡Su duda me ofende!

MAXIMO. ¿Con que es decir, que yo tambien he sido engañado?

MATILD. ¿Cómo? ¿Usted?...

MAXIMO. Ciertamente... Yo creí que estos amores eran sólo... de trasporte.

MATILD. ¡Caballero! (Con dignidad.)

MAXIMO. ¿Cree usted que á suponer yo que fueran tranquilos, hubiese accedido á representar semejante papel? Nunca, señora, nunca. Me gusta ser amigo; pero no tanto.

MATILD. Confiar á un desconocido...

MAXIMO. ¡Y tan desconocido!

MATILD. Un desenlace que sólo hubiera debido tener lugar entre los dos.

MAXIMO. ¡Y sin perjuicio de tercero!

MATILD. Convenga usted en que su conducta...

MAXIMO. ¡Es imprudente, si señora; y más dura seria mi calificacion si su proceder no me hubiera procurado la dicha inestimable de conocerla!

MATILD. Linda ocasion para galanterías. (Se sienta.)

MAXIMO. Todas son buenas para ser veraz.

MATILD. ¡Imposible! (Da un golpe en el velador y se levanta.)

MAXIMO. ¿Cómo?

MATILD. ¡Yo no debo acceder á ese rompimiento!

MAXIMO. ¡Ah!

MATILD. ¡Ni mi dignidad ni mi amor propio me lo permiten!

MAXIMO. ¡Ciertamente!

MATILD. Si deseaba este desenlace, ¿por qué no lo provocaba él mismo?

MAXIMO. ¡Y tanto! Es lo que yo digo... Sí...

MATILD. Comprende su falta y no se atreve á arrostrar sus consecuencias.

MAXIMO. ¡Ni más ni ménos! ¡No crea usted que es otra cosa!

MATILD. ¡Esto no puede quedar así! ¡Es imposible!

MAXIMO. (¡Rabiosilla, pero bella!) ¡Perfectamente! Somos de una misma opinion... Su conducta requiere un legítimo castigo, y le tendrá... vaya si le tendrá... pues bonito soy yo para... Desde ahora mismo dejo de ser su amigo, para serlo de usted... Mándeme usted cuanto quiera; estoy dispuesto á obedecerla ciegamente... ¿Qué debo hacer?

MATILD. ¡Nada! (Escribe.)

MAXIMO. ¡No es mucho que digamos! Pero, en fin... (No comprendo la obcecacion de ciertos hombres... Tienen cinco duros en oro, y no descansan hasta cambiarlos por plata menuda...)

MATILD. (Toca el timbre. Aparece el criado.) Esta carta á su destino... pero volando.

CRIADO. ¿Espero contestacion?

MATILD. Sí. (Sale el criado.)

MAXIMO. ¿Qué ha hecho usted?

MATILD. Escribirle; pero no, tranquilícese usted... No trato de reanudar unas relaciones que mi decoro debe romper para siempre; deseo únicamente que él mismo anule su promesa. No bien reciba su respuesta, la uniré á sus otras cartas, y en vez de cambiarlas por las mias, como él desea, haremos con todas un auto de fe.

MAXIMO. Señora...

MATILD. Usted será testigo de esta resolucion, que considero más cuerda que la suya.

MAXIMO. ¡Oh! ¡Cada vez me convenzo más de que es un imbécil!

MATILD. ¿Cómo? (Con disgusto.)

MAXIMO. ¡Sí, un imbécil! Unicamente así se comprende que teniendo á su alcance la más encantadora felicidad, la rechace de ese modo... ¡Ah! Si usted supiera...

MATILD. ¡Basta, caballero! Despues de lo que ha pasado, comprenderá usted que nada puede serme tan grato—si algo grato puede aún haber para mí,—que la soledad... ¡No! Unicamente le ruego me permita retirarme á mi habitacion, á esperar esa respuesta tan deseada. Ahí tiene usted libros y periódicos. Perdóneme usted esta primera y última molestia.

MAXIMO. Señora... (¡Cafre!)

MATILD. ¡Beso á usted su mano!

ESCENA IV.

MÁXIMO, solo. Despues de una pequeña pausa.

¡Niéguenme ustedes ahora que el hombre carece de sentido comun! Despues de esto, demués-

trenme los fisiólogos que el hombre es la obra más perfecta de la naturaleza... ¡Error! ¡Profundo error! El hombre no es más que una aberracion de la lógica, un absurdo viviente, una calamidad verdadera. Ve á una mujer bella, afable, dulce, cariñosa, y la admiracion que siente hácia ella la traduce por amor, elástica palabra que sabe adaptarse á toda clase de sentimiento. La sigue á todas partes, la abruma á fuerza de suspiros y de miradas tiernas, la amenaza—algunos usan todavía ese procedimiento,—con pegarse un tiro, que nunca se pega; en una palabra, establece un sitio en regla. Sensible ó enamorada, acepta y corresponde á esa pasion; ama con toda su alma, y entónces el «te adoro» del hombre viene á los pocos dias á transformarse en «ya no me gusta tanto,» prólogo inevitable de «¡qué empalagosa es!» Pues sucede lo contrario: razonable ó indiferente no accede á su capricho, y entónces ya no es tesoro de bellezas sino almacen, de coqueterías; ya no es un ángel de amor, sinó una imágen de la ingratitud... Y hélos ahí que se creen completamente convencidos de esa falsa asercion, sin tener en cuenta que en la fé de erratas de su corazon necesitan escribir: «donde dice empalagosa, léase amante; donde dice ingrata, léase fiel.»

ESCENA V.

DICHOS, RICARDO, que trae una carta en la mano.

RIC. (En el foro.) Diga usted á la señora que deseo hablarla... (¡Esta carta necesita una explicacion!)

MAXIMO. Esa voz... (Mirando hácia el foro.)

RIC. ¡Calle!... ¡Máximo!

MAXIMO. ¡Ricardo! (Se abrazan.)

RIC. ¡Tú en España!... ¡Qué felicísimo encuentro!

MAXIMO. ¿Cómo? ¿Ignorabas?...

RIC. ¿Tu venida? Por completo.

MAXIMO. Pues chico, es raro... ¡Ah! Vamos, no leerás *La Correspondencia*.

RIC. No, duermo bien, y no necesito...

MAXIMO. Entónces no me extraña.

RIC. ¿Y cómo es que te encuentro aquí? Ignoraba que fueras amigo...

MAXIMO. ¿De la dueña de la casa? Desde hace un momento no mas. Acabo de ser incluido en el catálogo, gracias á cierta comision...

RIC. ¡Siempre el mismo!

MAXIMO. ¿Qué quieres? El que nace para amigo... Y á propósito, si en algo estimas mi consejo, sigue el que voy á darte. Estoy seguro que me lo agradecerás.

RIC. ¡Veamos!

MAXIMO. No seas amigo nunca. No te encargues jamás de comisiones en que los comitentes sean de distinto sexo.

RIC. ¿Eh?

MAXIMO. ¡Suelen producir muy malos ratos! A más de exponerte á hacer un papel... que ni el consolidado.

RIC. Pero...

MAXIMO. Hay dias, por supuesto: á veces del rio revuelto que se forma, suelo yo ser el afortunado pescador; pero en cambio hay otros dias... hoy por ejemplo.

RIC. ¿A ver, á ver? ¡Explícate! (Impaciente.)

MAXIMO. Que me... ¡Nada mas sencillo! Oye y juzga... (Conteniéndose.) Pero lléveme el diablo si lo que iba á hacer no era lisa y llanamente una indiscrecion.

RIC. ¿Cómo?

MAXIMO. Sí, son secretos que no me pertenecen, y que por lo tanto no debo revelar.

RIC. ¡Es que yo necesito saberlos! Se trata de...

MAXIMO. De la dueña de esta casa precisamente y de un íntimo amigo mio.

RIC. ¿Qué escucho?

MAXIMO. Convendrás conmigo en que debo guardar el más absoluto silencio.

RIC. Pero...

MAXIMO. ¡El deber lo exige así!

RIC. (¡Oh! Yo necesito saber...) ¡Máximo!

MAXIMO. ¡Ricardo!

RIC. ¿Me crees hombre de honor?

MAXIMO. Sí; pero ignoro á qué conduce la pregunta.

RIC. Conduce... (Ocultémosle la verdad... Diciendósela, quizá me ponga en ridículo!) Necesito saber qué comision te ha traido á esta casa.

MAXIMO. Pero...

RIC. Ya te lo he dicho, ¡soy hombre de honor!

MAXIMO. Sí, lo he oido, mas...

RIC. ¡Necesito saberlo todo! (Exaltándose por grados.)

MAXIMO. Pero...

RIC. ¡Absolutamente todo!

MAXIMO. (¡Calle! ¿Si querrá ser éste el número dos?)

RIC. ¿Te niegas á mi deseo?

MAXIMO. (¡Psch! Despues de todo... el otro está decidido á romper por completo...)

RIC. ¡Máximo!

MAXIMO. (Sin embargo, á mí me asiste el derecho de prioridad. Pero ¡qué diablos!... la amistad es ántes que todo... ¡Destino fatal!... Siempre amigo!...)

RIC. ¿Qué diantres murmuras? ¿Acabarás?

MAXIMO. No, empezaré si lo tienes á bien... ¿Conoces á Enrique Insausti?

RIC. De verle en el Casino.

MAXIMO. Efectivamente, creo que no se ocupa en otra cosa. Pues bien, su tio trata de casarle con no sé qué parienta suya.

RIC. ¿Y á mí qué me importa que se case ó que se deje de casar?

MAXIMO. (Sorprendido.) ¡Ah! ¿No te importa? Pues entónces, creo inútil seguirte diciendo...

RIC. Yo lo que deseo saber es el motivo de tu venida á esta casa.

MAXIMO. (¿Estará loco?) Pues si precisamente es de lo que estoy tratando.

RIC. ¡Continua!

MAXIMO. Enrique, segun me ha dicho, ha tenido y tiene relaciones de...

RIC. ¡Si! ¡Acaba!

MAXIMO. Con la dueña...

RIC. (Explosion.) ¿De esta casa? ¡Mentira!

MAXIMO. Pero hombre...

RIC. ¡Te digo que es mentira!

MAXIMO. ¡Ricardo!

RIC. Insausti ha mentido, y yo sabré... (Medio mutis.)

MAXIMO. Pero hombre... (Conteniéndolo.)

RIC. ¡Todo cuanto me digas es inútil!

MAXIMO. (¡Nada, loco de remate!) Ven acá, y atiende á razones!

RIC. ¡Imposible!

MAXIMO. (¡Casi lo voy creyendo!) Suponte que existen cartas que... prueban...

RIC. ¡Falso!

MAXIMO. ¡Las he visto yo!

RIC. ¿Cómo? ¿Tú las has visto?... (Sorpresa.)

MAXIMO. Firmadas con todas sus letras... Siempre tuya...

RIC. ¡Basta! Máximo, ¿tú eres amigo mio?

MAXIMO. (¡Me escamo!) ¡Segun para lo que sea!

RIC. Necesito...

MAXIMO. ¡Veamos!

RIC. ¡No... no necesito nada! (Muy agitado.)

MAXIMO. Entónces...

RIC. ¡Sí!

MAXIMO. (Cuando digo...)

RIC. ¡Ella va á salir dentro de un instante! Necesito hablarla.

MAXIMO. ¿Y bien?

RIC. ¡Que me estorbas!

MAXIMO. ¡Ah! Si no es mas que eso, pronto estarás complacido! (¡Asi como asi empezaba yo á no estar muy tranquilo!)

RIC. Por lo tanto...

MAXIMO. ¡Si, sí!

RIC. ¡Dios mio! ¡Dios mio! (Dejándose caer sobre una silla.)

MAXIMO. (Sin embargo, he prometido á esa señora esperarla contestacion de Enrique, y en realidad no debo marcharme... Esta es la biblioteca, segun me indicó... Aquí esperaré á que pase este nublado... ¡Pobre Ricardo! (¡Ido completamente!) (Mutis, segunda derecha.)

ESCENA VI.

RICARDO solo.

¡Ingrata! ¡Pérfida! Engañarme de esa manera... ¿y con quién? Con ese Enrique... ¡Nada! Estoy decidido, tendré una explicacion con ella... Confesará... ¡Vaya si confesará! ¿Pues no ha de confesar? ¡Bonito soy yo! Luego me voy al Casino... allí estará él, de fijo... Le mato, vuelvo aquí, la mato á ella, y despues... si, despues me llevarán á presidio... no, despues me mataré yo tambien! ¡Aquí está! Calma sobre todo... mucha calma!

ESCENA VII.

MATILDE, RICARDO.

MATILD. (¡El! Vendrá á darme la respuesta... ¡Çalma! ¡Mucha calma!) ¡Caballero! (Con ira.)

RIC. ¡Señora! (Idem.)

MATILD. ¡Me han dicho que deseaba usted hablarme!

RIC. ¡Cierto!

MATILD. Inf... Pues bien, puede usted empezar... ¡Ya le escucho!

RIC. Pérf... ¡He recibido esta carta de usted!

MATILD. ¡Sí, se la escrito yo á usted!

RIC. ¡Claro! ¡Sino, no la hubiera recibido!

MATILD. ¡Me parece caballero que... que desentona usted!

RIC. ¡Tiene usted razon, señora! Desentono; pero es porque... ¿Por qué me ha escrito usted esta carta?

MATILD. ¡Por... porque debia hacerlo así! ¿Qué más deseaba usted saber?

RIC. ¡Nada! ¡Pero sepa usted que ahora mismo voy á buscar... á Enrique!

MATILD. ¿A Enrique?

RIC. ¡Sí á Enriquito Insausti!

MATILD. ¿Y á mí qué me importa?...

RIC. ¿Qué no le importa á usted? (¡Como finge!)

MATILD. (¿Quién será ese Enrique?)

RIC. (¡Traidora!)

MATILD. (¿Y á mí qué me importa quien pueda ser?)

RIC. ¡Hasta luego!

MATILD. No se olvide usted de ir á casa de su señor tio.

RIC. De mí...

MATILD. ¡Sí, del protector de esa señorita!...

RIC. ¡Señora! (Voy á estallar.)

MATILD. ¡Caballero! (¡No puedo contenerme!) (Míranse un momento sin hablar. De repente se acerca el uno al otro y dicen á la vez.)

RIC. ¡Ah!
MATILD. ¡Oh!

RIC. Falsa, aleve, perjura, me has estado engañando... pero no tengas cuidado, no quedará sin castigo tu insano proceder. Ahora mismo voy á buscar á Enrique, á desafiarle y á matarle, y luego vendré á decírtelo para gozarme en tu martirio, y despues daré un millon de gracias á Dios por haberme librado de tu cariño por siempre jamás amen.

MATILD. Ingrato, pérfido, infiel, ¡conducirse de esa ma-

nera conmigo! Pero puedes estar tranquilo, yo sabré castigar tu infame villanía. Averiguaré quién es esa señorita que aún no te conoce, y le diré quién eres, para que no ignore la vida tan desdichada que le espera, y despues no me cansaré de agradecer á Dios el haberme librado de tu cariño para siempre jamás amen! (Mutis de Ricardo foro.)

ESCENA VIII.

MATILDE sola.

Se ha ido... Ha hecho bien, porque si no... no me hubiera podido contener, y lo hubiese llenado de improperios... Gracias á mi calma he sabido dominarme... ¡Jesús! ¡Qué nerviosa estoy! Me dijo que iba á ver á Enrique... ¡qué sé yo! Y vamos á ver, ¿quién es ese Enrique? ¿Qué tengo yo que ver con ese Enrique? ¿A mí que me importa que le vea ó le deje de ver?... ¡Oh! ¡qué idea! Ese amigo suyo estaba aquí, ha debido verle, y... sí, han combinado entre los dos un plan del cual—¡no me cabe duda!—de ese plan ha nacido el tal Enriquito!... ¡Yo sabré la verdad! Ese caballero me prometió esperar hasta que Ricardo enviara... sí, estará en la biblioteca!... (Toca el timbre.—Aparece el criado.) Diga usted al señor de Piedrahita, que está en esa habitacion, que deseo hablarle. ¡Como sea verdad! Y si lo es, ¿qué hacer más que sufrir y callar? ¡Ah! ¡Ricardo! ¡Ricardo! (Se sienta.)

ESCENA IX.

MATILDE, MÁXIMO.

MAXIMO. (¡Me llama! No hay duda... el chubasco ha pasado... ¡Ahí está!... Llora. Querrá que la sirva de pañuelo.) ¿Señora?

MATILD. ¡Ah! ¿Es usted?

MAXIMO. Un criado me ha dicho que deseaba usted hablarme...

MATILD. Sí.

MAXIMO. (¡Algun favor! ¡Se han empeñado en que no sirvo para otra cosa!)

MATILD. Caballero, ¿es usted hombre de honor?

MAXIMO. (¡Ay! ¡Lo mismo que el otro!) ¡Cierto, señora!

MATILD. Pues bien; ¡necesito que me diga usted quién es Enrique!

MAXIMO. ¿Eh? (Asombrado.)

MATILD. ¡Sí, quién es Enrique!

MAXIMO. Pero, señora... (Pues no me pregunta quién es él...)

MATILD. ¿Se niega usted á contestarme?

MAXIMO. (Nada, ¡como el otro!) No señora: no me niego; pero permítame usted que me asombre al oir su pregunta.

MATILD. Puede usted asombrarse cuanto quiera y contestarme.

MAXIMO. Si es un capricho...

MATILD. No, ¡es una satisfaccion lo que necesito!

MAXIMO. Una... (¡Pues señor, esto es una epidemia!)

MATILD. Decia usted que ese Enrique es...

MAXIMO. (Sí, por su bien es necesario.) Señora, ¿le duele á usted la cabeza?

MATILD. No señor, lo que me duele es el corazon, y este dolor, que pudiera usted calmar con solo una palabra, lo está usted aumentando con su silencio.

MAXIMO. ¡Ah! Con que yo. . (¡Dios mio! si seré yo el...) ¡Pues bien, señora, ya que de mí depende el... alivio, digámoslo así, puede usted creer que estoy completamente dispuesto á decir á usted quién es... ese Enrique!

MATILD. ¡Por fin!

MAXIMO. (¡Le dió por ahí!) Enrique... Insausti, porque presumo que se referirá usted...

MATILD. ¡Sí, sí, á ese Sr. Insausti!

MAXIMO. Pues bien...

MATILD. ¿Existe realmente?

MAXIMO. (En el colmo del asombro.) (¿Eh?) ¿Pues no ha de existir, señora? Como usted y como yo... digo, á no ser que su carta de usted haya podido contribuir á...

MATILD. ¿Mi carta?

MAXIMO. Sí, aquella que le escribió usted hace poco.

MATILD. Que yo...

MAXIMO. (Pero señor, esto es anticaritativo... ¡Dejarla sola en tal estado!)

MATILD. Explíquese usted, caballero.

MAXIMO. (La seguiré la corriente... de otro modo podria exasperarse y...) (Procurando tranquilizarla.) Vamos á ver ¿recuerda usted á qué he venido á su casa?

MATILD. ¡Desgraciadamente!

MAXIMO. (¡Pobrecilla!) Pues bien...

MATILD. ¡Pero qué tiene que ver su visita con ese señor Insausti!

MAXIMO. ¿Qué? ¿Qué?... (¡Ay! ¡ay! ¡ay!)

MATILD. Vamos, diga usted.

MAXIMO. (Cuando digo que yo tambien...) Señora, puesto que segun me ha dicho no ignora usted el motivo de mi venida á esta casa, debe usted saber tambien que he venido comisionado por él.

MATILD. Bien sí, pero ¿qué tiene que ver ese Enrique con él?

MAXIMO. (¡Caracoles!) Que tiene que ver Enrique con...

MATILD. Con Ricardo, sí, ¿qué tiene que ver?

MAXIMO. (¡Adios! ¡ahora Ricardo!) Pero señora, si yo no hablo de Ricardo! ¡si hablo de Enrique!

MATILD. ¡Pues bien! ¿qué Enrique es ese?

MAXIMO. (¡Bah! Concluyamos de una vez!) Enrique es un... vamos, su futuro de usted.

MATILD. ¡Cómo!

MAXIMO. ¡Ni más ni ménos!

MATILD. Caballero, ¡esa es una infame calumnia!

MAXIMO. Eso es, ahora póngame usted como un trapo porque digo la verdad.

MATILD. ¿Cómo la verdad?

MAXIMO. Si no fuera por él, estaria yo aquí haciendo un papel que... no sé cómo debo llamarlo. ¿Cree usted, señora, que si no fuera por su próxime casamiento hubiera yo venido á verla? ¿Supone usted, por un momento siquiera, que si no fueso por él estaria yo aún aquí, donde la razon es contrabando? Sí señora, contrabando; porque preveo que si permanezco un instante más en esta casa, voy á sufrir la misma suerte que los que habitan en ella!

MATILD. ¡Caballero!

MAXIMO. Y como quiera que aún estoy en buenas relaciones conmigo mismo, sólo me resta decirle qué... ¡vamos, que estoy á los piés de usted! (Medio mutis.)

MATILD. ¡Se va!... No, yo necesito saber... ¡Un momento!

MAXIMO. ¡Señora!

MATILD. Un momento no más; no creo que se niegue usted á darme una explicacion que exige mi decoro!

MAXIMO. (¿Eh?... ¡Vamos, habrá pasado la crísis!)

MATILD. Segun he podido comprender, acaba usted de decirme que ese Sr. D. Enrique Insausti le habia á usted comisionado para devolverme unas cartas que supone escritas por mí!

MAXIMO. (Ese tono... ¿hablará con formalidad?) Es muy cierto, señora, y aquí están. (Presentándoselas.)

MATILD. Le creo á usted un caballero y por lo tanto debo presumir que sus amigos de usted lo sean tambien.

MAXIMO. Sí, la mayor parte...

MATILD. Ese D. Enrique...

MAXIMO. ¡Es uno de ellos!

MATILD. Siendo así, en la comision que le ha encargado debe existir un error que no acierto á explicar.

MAXIMO. Señora... (¡A que he hecho una atrocidad!)

MATILD. El sobre de ese paquete, ¿á quién va dirigido?

MAXIMO. Toma, á... (Lee.) á la señorita doña Soledad Lanzafuegos, amazona jubilada.

MATILD. ¿Y cree usted, caballero, que yo tengo trazas de ser esa señora de Lanzafuegos?

MAXIMO. Con efecto, su fisonomía de usted... (Es verdad... está poco pintada.) Pero bien, ¿cómo es que dice aquí Barquillo, 126, pral. derecha?

MATILD. Es que hay otros cuatro números 126; el duplicado...

MAXIMO. Sí, el triplicado, el... (Transicion.) Señora, hágame usted el favor de llamar á sus criados!

MATILD. ¿Para qué?

MAXIMO. ¿Para qué? Para que me echen de su casa... sí señora, sí, he sido un... Pero Dios mio... ahora que recuerdo... Usted ántes asintió á mis palabras, usted...

MATILD. ¡Cierto, sí!

MAXIMO. Usted escribió una carta, usted la envió, usted...

MATILD. ¡Recibí la contestacion!

MAXIMO. ¿Y bien?

MATILD. ¡Terminó la novela que habia empezado!

MAXIMO. Con un desenlace... trágico, sí señora, lo adivino, me lo dice... y yo, yo he tenido la culpa... yo he sido el...

MATILD. ¡Causante tal vez de mi felicidad!

MAXIMO. De su... si, yo debo reparar... ¡Ah, señora!... (Se pone precipitadamente los guantes.)

MATILD. Pero, ¿qué hace usted?

MAXIMO. ¿Qué hago? (Con gravedad cómica.) Señora, mi nombre, mis cualidades personales, no son á usted desconocidas, tengo ademas cuatro mil duros de renta...

MATILD. Pero...

MAXIMO. He roto un corazon, y debo pagarlo, razon por la cual tengo el honor de pedir á usted su mano.

MATILD. ¡Caballero! (Sorpresa.)

MAXIMO. ¡Es mi deber!

MATILD. Mas...

MAXIMO. Si señora, ¡quien rompe paga!

MATILD. ¡Basta, caballero!

MAXIMO. No señora, no basta; yo debo casarme conusted, no sólo por indemnizarla de lo ocurrido, sino porque tambien ¡qué diablos! la quiero á usted con toda mi alma... es decir, con toda mi alma todavía no, porque no es posible, pero llegaré á adorarla á usted de ese modo; no he amado nunca, por lo tanto, ¡calcule usted cuánto podré amar! Sí señora, yo seré tardío, pero cierto.

MATILD. Me obliga usted á...

CRIADO. D. Ricardo Aguilar.

MATILD. ¡Ricardo!

MAXIMO. (¡Me alegro! ¡El me ayudará á convencerla!)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, RICARDO.

RIC. ¡Matilde! (Con pasion.)

MAXIMO. (¡Qué familiaridad!)

MATILD. ¡Caballero! (Con frialdad.)

RIC. Celebro encontrarte aún aquí.

MAXIMO. Pues mira, yo tambien...

RIC. He visto á Enrique... (A Máximo.)

MAXIMO. (¡Oh!) (Asombro.)

MATILD. (¡Ah!) (Satisfaccion.)

RIC. Y me lo ha explicado todo. He comprendido la equivocacion y he corrido inmediatamente. (A Matilde.)

MATILD. ¡Ricardo! (Coquetería.)

MAXIMO. (Ella tambien...) (Dudando.)

RIC. ¡A pedirte perdon!

MAXIMO. (¡Y la tutea!)

RIC. Y á tí á suplicarte que abandones para siempre tu papel de... comisionista.

MATILD. Por mí, ¡concedido!

MAXIMO. ¡Sí, y por mí tambien!

RIC. Y para evitar otro error en lo sucesivo, acabo de decir á mi tio que dentro de un mes nos casamos.

MATILD. ¡Ah!

MAXIMO. De modo que...

RIC. ¿Eh?

MAXIMO. No, nada... (¡Era él! ¡Me he lucido!)

RIC. Ha prometido ser nuestro padrino.

MAXIMO. (¡Me parece que estorbo yo aquí!) (Coge el sombrero.)

RIC. Máximo, que ha sido la causa de mi decision, nos servirá de testigo.

MAXIMO. No; yo me vuelvo á América.

MATILD. Pero...

MAXIMO. Bien; despues que se casen ustedes... ¡pero me voy! Ahora sólo me resta despedirme de ustedes hasta entónces... Señora... Ricardo... ¡Ah! Una pregunta, señora: ¿á quién he tenido el honor de ofrecer mi mano?

RIC. ¿Cómo?

MAXIMO. Sí, ya te contaré...

MATILD. A Matilde de Lara, viuda de Manrique.

MAXIMO. (Y era viuda... ¡Qué lástima!) Repito...

RIC. ¡Ah! Mira...
Ven, nos harás un favor
por última vez... (Indicándole al público.)

MAXIMO. ¡Pardiez!
es que eso me da un temor...
En fin, por última vez...
¡Una palmada al autor!

FIN.

OBRAS DE LOS AUTORES.

Ardides de una mujer..........	En un acto y en prosa.
Por tener el mismo nombre.....	En un acto y en verso.
I due conspiratori.............	En un acto y en verso.
Los mandamientos del tio.....	En un acto y en verso.
Flor y fruto....................	En un acto y en prosa.
Una leccion al maestro........	Id., id., y en verso.
Un manojo de espárragos......	En un acto y en prosa.
D. Eduardo Lopez y García...	En dos actos y en prosa.
Un jóven comprometido...... .	En un acto y en verso.
Favor por favor.................	Id., id., verso.
Amad al prójimo..............	Id., id., id.
¡Por un boton!.................	Id., id., id.
¡Necesito un hombre!...........	Id., id., id.
Un beso anónimo...............	Id., id., id.
¡Simpatías!......................	Id., id., id.
Por echarlas de Tenorio.......	Zarzuela en un acto y en verso.
La sota de bastos...............	Juguete en un acto y en prosa.
Á caza de aventuras...........	Id., id., id.
Mas vale llegar á tiempo.......	Proverbio en un acto y en prosa.
Una aventura del Czar.........	Comedia en dos actos y en prosa.
*La señora de P****..............	Disparate cómico en un acto y en verso.
El mejor partido...............	Comedia en dos actos y en verso.
¡Siempre amigo!...............	Jugete cómico en un acto y en prosa.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librería de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito, no serán servidos.